

CON RAFAEL ALBERTI, ENTRE VENECIA Y ROMA

CUANDO llegó "el indultillo", ese alegroncete que nos concedió el Rey a los pequeños delincuentes españoles para que los españoles en general fuesen abriendo boca antes de la esperadísima amnistía, yo pensé que había llegado la hora de mi pasaporte. Coincidió esto con una invitación del presidente de la Bienal de Venecia cursada, al mismo tiempo que a mí, a Rafael Alberti y a Vicente Aguilera Cerni. ¡Qué alegría! La perspectiva era marchar desde la libertad que el indultillo me concedía —pues, efectivamente, según los papeles, yo estaba condenado a dos años— hasta Venecia. ¡Hasta Venecia! Y así fue.

Allá calmos, uno de los días inaugurales de este año, mi mujer y yo, con Vicente Aguilera Cerni. Venecia... Venecia era otra cosa distinta a la que yo ya conocía. Estaba sumida en la niebla. Era, sí, otra cosa, pero no menos bella que la que yo llevaba en mí... que la que todos llevamos en el corazón. Rafael nos esperaba en la casa de Emilio Védova, muy cerca de La Salute —"vicina a La Salute"—, y cuando, desde el "vaporetto" que nos transportaba, se iban desvelando en la niebla los palacios dorados, las iglesias esplendorosas, la escenografía increíble de canales-calle, yo, con mi pasaporte en el bolsillo, sabiéndome libre de transitar por toda la ciudad, por toda Italia, por casi todo el mundo, no pude evitar el asociar a esa ciudad —y creo que a ese país— con mi propia libertad. ¡En libertad y en Italia... en Venecia! Cuando llegamos a casa de Emilio Védova, fue la gentilísima Anna Bianca, su mujer, la que nos abrió la puerta. Tras los saludos de rigor, pregunté: "¿Está Rafael?". "Pasad —dijo—, arriba os espera". Y yo, como siguiendo oscuramente la sensación que ya traía desde que llegué a Venecia, atroné desde abajo de la escalera... "¡Rafael! ¡Viva la libertad!". El contestó desde arriba: "¡Viva España libre!".

España libre... Mi sensación de la libertad era la misma que tenía Rafael. No nos habíamos puesto de acuerdo, pero estábamos en lo mismo. La libertad que queríamos no era para nosotros solamente; era para todo lo que iba con noso-

tros, como iba la canción con el marinero de la galera del Conde Arnaldo: era para toda España.

Eduardo Haro me dijo antes de salir: "Tráete, si puedes, un reportaje-entrevista con Rafael Alberti".

Y subimos. Arriba, en el lugar más familiar de la casa, estaba Rafael con Emilio Védova, cada uno ante un café con leche y unas

también, del gigante de la Odisea.

—Rafael..., ¿cuándo volverías? —le lancé de pronto, tras los primeros abrazos cordiales, tras el primer café con leche matinal, tibio y reconfortante. A Rafael se le desdibujó la sonrisa; se puso, de pronto, muy serio, hizo un gesto como de dolor, como si se le hubiese removido, de pronto, una vieja herida y, sin contestar, se puso a mirar por la

José M.^a Moreno Galván

pastas. Rafael estaba como yo lo esperaba; como yo lo había conocido y hasta frecuentado siete u ocho años antes, cuando yo tenía pasaporte, al lado de Védova, gigante de barba hirsuta y cansa, que tiene los brazos más largos del mundo... A mí, Védova, cuando mueve los brazos al hablar, siempre me recuerda a Polifemo, pero ahora más, al lado de Rafael, que fue uno de los glorificadores de Góngora en su tiempo y, por eso

ventana por donde, entre la niebla fría, se iba dibujando uno de los conjuntos urbanos más bellos y más civilizados del mundo. ¡Volver!, susurró. ¡Volver!..., y repitió el infinitivo de ese verbo que tan dolorosamente han ido conjugando él y María Teresa en las sucesivas casas y ciudades de su exilio... Un "vaporetto" pasó de pronto por junto al cabo de la Giudecca, donde, casi, nos encontrábamos nosotros, dibujándose apenas por entre

la niebla, pero su bramido se oyó nítidamente. Rafael esbozó en ese momento una sonrisa triste y dijo: "Así sonarán las gabarras, a estas horas, en la bahía de Cádiz...". Comprendí de pronto que algo le estaba haciendo daño y le toqué levemente en el hombro como en una señal de entendimiento... "¿Pero por qué te acuerdas ahora, precisamente ahora, de la bahía...?". "Siempre me acuerdo de ella —respondió—, pero es que, además, tú has usado la palabra 'volver'. Para mí, volver es, antes que otra cosa, retornar a mi bahía". Se quedó inmóvil un instante, mirando la cúpula de la Salute y, de pronto, apretó el puño de su mano derecha y, como en un alegato, me dijo: "Yo no puedo volver todavía... Ya, ya sé que a mí no me pasaría nada, pero hay hombres en las cárceles, hay presos políticos cuyo delito ha sido pensar como yo, actuar como yo hubiera actuado... No, José María, no; yo no puedo volver en estas condiciones. Volveré cuando den esa amnistía, porque... ¿cómo no la van a dar?, ¿a qué van a esperar cuando toda España la pide?".

Nos quedamos parados largo rato, como pensando en la última pregunta formulada por Rafael. A mi lado, Vicente Aguilera Cerni. Carola, mi mujer, y Anna Bianca, la mujer de Védova, habían retirado los últimos restos del desayuno. Védova nos trajo una botella de chianti y unos trozos de queso parmesano y de Gorgonzola... Se estaba ya en los prolegómenos del almuerzo.

¡Los que aún quedan en la cárcel! En ese momento que permanecí en silencio, yo no pude dejar de acordarme de Luis Lobato. Luis Lucio Lobato, y lo evoqué con pelo recortado, con su cara de buena persona, sin hiel, sin rencor, a pesar de los años ya pasados en la cárcel y de los años que, según la condena, le quedan por pasar. Y recordé para mis adentros... Hace de eso dos años. Estábamos en la sexta galería de Carabanchel, Horacio Inguanzo, Marcelino Camacho, Nicolás Sartorius, el cura Paco (García Salve), Luis Lobato y yo. Tomábamos algo con Luis y lo despedíamos porque lo sacaban conducido esa mañana



Alberti: "Yo no puedo volver todavía".

para su juicio. Total, imaginábamnos, habrá buena suerte... No le pedían nada más que nueve años... Nada más. Y esperamos su regreso toda la mañana. Cuando volvió traía una sonrisa triste dibujada en la cara. Y contó: Antes de empezar el juicio, la parte acusadora anunció que quería rectificar y modificar sus argumentos... o lo que sea. Y lo hizo. Resulta que Luis era un terrible dirigente del P. C. En vista de ello, aumentaba la petición de su pena al doble, a dieciocho años. "Bueno —dijimos—: esperemos el resultado dentro de unos días: habrá suerte". Y la hubo, efectivamente, Luis Lobato fue condenado a veintidós años. Ahora, Luis Lobato estará pudriéndose en no sé qué penal, si en Soria o en Segovia..., esperando, esperando, esperando... que si el recuento de la mañana, que si el recuento del mediodía, que si la diana, que si las manías del funcionario don Fulanito, que si hoy toca locutorio —el cuarto de hora de la visita de la familia...—. "No, Rafael —se lo dije de pronto, como de sopetón, sin venir a cuento—, no; tú no puedes volver ahora. Tú debes volver con la amnistía para todos".

Por razones de trabajo, Rafael tenía que salir al día siguiente por la mañana para Roma. Aquella noche cenamos con los Védova —junto al teatro de la Fenice— antes de irnos a dormir a un hotel que tiene nombre de vieja fonda española. Pero entre tanto, el ir y venir por Venecia con Rafael, el tomar el "vaporetto" y bordear canales increíbles al lado de ese hombre que tiene la definición oportuna y la palabra exacta para todo, es un regalo. Pero sólo en circunstancia similar uno se da cuenta que Rafael Alberti sigue siendo fundamentalmente un pintor...: "Mira, aquello parece del Carpaccio"... "Mira, allí hay un Bellini"... Y no eran cuadros, no: eran escenas de la vida real...

Salimos temprano por la mañana, pues hay que aprovechar despierto todas las horas posibles de Venecia. Rafael ya estaba en el "hall" del hotel, desayunando... Ya había ido hasta la plaza "del Caballo" —donde está enclavado el Colleone del Verrocchio— y ya había vuelto a ver las tablas del Carpaccio en San Giorgio degli Squiavonni... Desayunamos con él mientras veíamos morir las pequeñas olas en la escalinata que da entrada al hotel.

Mientras tomábamos el plácido café con leche matinal, yo miraba a ese hombre, arrellanado en su sillón hotelero, que miraba distraídamente el pequeño tráfago de los gondoleros en la puerta del hotel. Conserva, a pesar de sus años, a pesar de sus casi cuarenta años de



La llaga de Rafael se llama España. En la foto, el poeta con nuestro colaborador.

exilio —siempre con la esperanza puesta en el retorno—, conserva, digo, un fulgor juvenil en la mirada, algo lleno de candor en la mirada y en los gestos. Yo tengo miedo —y eso lo pienso siempre que veo a Rafael— que ese hombre, que ha organizado su vida con provisionalidad, siempre pensando en el regreso, luego, cuando le llegue la hora de su retorno, va a sentirse extraño en la patria recuperada. Pienso siempre eso y, como habitante que soy de esa patria tan añorada por él, siento en mí mismo como una responsabilidad por no poder ofrecerle la patria que él espera... Me siento como responsable de la decepción que puede llegar. El vive en Roma, en Italia —el país, yo creo, que está hoy más vivo en toda Europa—; allí es un personaje querido y admirado... ¿Qué podemos, sus compatriotas, ofrecerle a cambio de abandonar la dulzura de Italia? "Dulce es la patria...", declan los latinos, pero esta España, cuya visión y evocación siempre será dulce para noso-

tros, se nos presenta casi siempre con la dureza de los filos del pederal... Ahora mismo, quien puede hacerlo, niega esa amnistía que toda España pide con esperanza y con emoción... Acabarán concediéndola, claro, pero, mientras tanto, todos los subterfugios son buenos para no concederla todavía, para esperar un poquito más, para aguantar un poco y que se fastidien un poco de tiempo más los que tienen otro proyecto sobre el porvenir de España. Y entre tanto, "Rojos, al paredón". Imagino rótulos como ése y no quiero ni pensar que venga Rafael y se encuentre alguno de cara en las paredes españolas. ¡El, que, como yo, es uno de esos rojos que tendría que ir al paredón al que generosamente nos destinan esos simpáticos muchachos rotulistas!

Salimos del hotel para despedir a Rafael, que se marchaba a Roma. Acordamos vernos allá dos o tres días más tarde... Venecia, sumida en la niebla, tiene una belleza que yo le desconocía... "Adiós, Rafael, hasta dentro de unos días... Sí:

spaghettis a la carbonara... Recuerdos cariñosos a María Teresa..."

Ahora me acuerdo. Hace de esto siete u ocho años. Estábamos Carola y yo citados para comer en casa de Rafael y María Teresa. Era en su vieja casa de la Via Monserrate... Cuando yo aún tenía pasaporte, como una persona decente. Tomábamos un poco de chianti preliminar y de pronto dijo María Teresa: "Bueno, y vosotros en Madrid, ¿dónde vivís?". "En la calle Fuenterrabía, número cuatro", dijo Carola. "No sé dónde está eso —dijo María Teresa—. A ver: Sitúate en Cibeles, ponte a andar, de palabra, y ve describiéndome las calles por donde pasas...". "Desde Cibeles —fue diciendo Carola— coges el paseo del Prado, dejas el Museo del Prado a la izquierda, llegas a Atocha y luego, a la izquierda, tomas el paseo de María Cristina...". De pronto dirigimos nuestra mirada hacia nuestros dos anfitriones, que miraban fijamente, muy fijamente, a Carola... Tenían —los dos— los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ay!... ¡Qué gente! —pensamos—. Son incorregibles.

Cuando íbamos a Roma Carola y yo, no pudimos dejar de evocar aquella antigua conversación. Y nos hicimos el propósito de evitar, en lo posible, abrir la herida de los recuerdos. Íbamos dejando atrás esas ciudades cuyos nombres están en la historia de toda nuestra cultura..., de todo lo que somos también un poco —Vicenza..., Verona..., Florencia—, y uno pasa por esos nombres, y los va dejando al lado de la vía, como un bárbaro, como un ricacho norteamericano de esos que viajan de Hilton a Hilton. En fin... Cuando lleguemos a Roma...

Roma: El hotel Madrid. Es que nosotros también somos incorregibles. Cuando llamamos a Rafael, fue fulminante: "Veniros inmediatamente para acá... ¡Spaghettis a la carbonara...!". Sí: era ya la hora del almuerzo.

Yo no conocía la nueva casa de Rafael —la casa "trasteverina"—. La conocían, sí, mi mujer y mis hijos, porque ellos nunca carecieron de pasaporte, aunque tampoco eran "trigo limpio". Es agradable estar en una casa poblada absolutamente por todo lo que uno ama: por bellos libros, por bellos cuadros, firmados por amigos —Picasso, Miró, Gutuso..., pintores españoles, pintores franceses, pintores italianos...—. Y María Teresa... Yo creo que continúa siendo una mujer muy bella... De esas bellezas que no quieren ocultar nunca la edad, que no la ocultan: que tienen la noble belleza de su propia edad... ¿Y cómo está Madrid?... ¡La Puerta del Sol!... "Mira, María Teresa, no

CON RAFAEL ALBERTI, ENTRE VENECIA Y ROMA

me recuerdes a la Puerta del Sol; he estado detenido allí muchas veces...". "Ay, vaya por Dios... La Cibelas, el Museo del Prado, siempre Goya...".

Rafael nos interrumpió: "¡Andando, vámonos a almorzar; vámonos a Casa Mario a que nos hagan unos spaghetti carbonara... Eso de los spaghetti es una buena cosa para combatir la obesidad a la que tú y yo somos propensos... ¡Andando!". Cuando bajamos, comprendí un poco la sugestión que esta ciudad y este barrio ejercen sobre esa pareja de españoles nostálgicos. El portero, el calderero de al lado, el tabernero, el chico que arrastra un carrito vendiendo "melanzana", todos: "Buenos días, profesor...; buenos días, signora...". "¿Ves? —me dice Rafael—: esto es como estar en el Puerto, en Alcalá de los Gazules...". "Alcalá de los Gazules. ¿Por qué te acuerdas ahora de ese pueblo, que no es el tuyo, que no pasa, creo, por tu historia...?". Y él no me respondió más que esas palabras: "¡Alcalá de los Gazules, Alcalá de los Gazules...!". Y luego casi gritó: "¡Yo quiero estar en Alcalá de los Gazules!". Comprendí que, de pronto, una ráfaga de la nostalgia le había hecho evocar, de pronto, uno de esos nombres que le sonaban en su pueblo, por razones de inmediata vecindad... ¡Alcalá de los Gazules!

En el restaurante de Mario —Casa Mario, o algo así— ya nos esperaban dos mujeres que iban a ser nuestros comensales: Beatriz Amposta, una bella muchacha catalana amiga de los Alberti, reclamada por mí porque es una magnífica fotógrafa, y Olga, argentina, también muy amiga de ellos desde hace años.

Rafael y María Teresa entraron en la cocina para saludar a la madre de Mario y para dejar en buenas manos el encargo de aquellos spaghetti alla carbonara, por los que ya estábamos suspirando...

Me bastó sólo aquel rato de Roma y del Trastevere para comprender la enorme popularidad de Rafael en aquel país: "Bon giorno, professore, bon giorno, signora; ¿come va la Spagna?... El vendedor de frutas, el camarero, el guarda... Todos. Y todos ponen el dedo en la llaga, la llaga que ya conocen..., la llaga de Rafael que se llama España. Pero por esa cordialidad, por esa confianza popular es por lo que "los Rafaelos", al estar en Roma, están en su casa. Ellos allí no son extranjeros.

Cuando estábamos comiendo los deliciosos spaghetti que nos



María Teresa León, esposa y compañera del largo exilio romano de Rafael Alberti, con Moreno Galván.

había preparado la madre de Mario, me atreví, por segunda vez, a indicarle mis dudas sobre la procedencia de su regreso a España. No sé por qué, yo me siento como responsable de la decepción que este español podría llevarse cuando regrese ilusionadamente a la patria...

"Rafael, María Teresa, vosotros estáis aquí muy bien, estáis perfectamente adaptados al aire de Roma, la gente de Italia os quiere y os respeta, yo diría que casi tenéis en reserva un sitio de la nación italiana para vosotros, las calles del Trastevere tienen ya, casi, la huella de vuestro pie...". Rafael me interrumpió: "Hay otro país y otra ciudad que también se me dieron generosamente y a los que yo le tengo infinito cariño... La Argentina, Buenos Aires. Sin embargo, estoy aquí porque estoy más cerca de España, de mi bahía...".

Me atreví por fin a decirle: "En fin, Rafael, tú sabes que España es a veces dura... No, a veces no, casi siempre... Esta cordialidad, esta facilidad para vivir, a lo mejor España no os la va a ofrecer...".

Rafael se sonrió con una larga, profunda sonrisa triste, y me dijo: "Querido José María, no te olvides de que yo también soy español, de que yo conozco a mi país y, más aún, de que yo también quiero sentirme responsable de mi país. España es como es, no vamos a analizarla ahora; todos la hemos conformado de esa manera —se sonrió más abiertamente—. Y yo también, espero, a pesar de la larga ausencia. No, no voy a pedir responsabilidades a los que vivís en ella... en ningún caso. Déjame pensar que, de que España sea como es, yo también soy un poco responsable...".

"¿Entonces...?", pregunté. "Entonces —respondió— volveré a España cuando sea materialmente

posible, cuando sea dignamente posible, cuando den una amnistía, y entonces tomaré de nuevo posesión de mi país, sumergiré las manos en la bahía de Cádiz, pasearé las calles del Puerto de Santa María, me tomaré una copa de vino... en Alcalá de los Gazules, volveré a Madrid... ¡Madrid!... ¡Madrid!...". Volví de pronto la cara hacia María Teresa, que desgranaba distraídamente migas de pan sobre el mantel y que, al oír las últimas palabras de Rafael, empezó a mover la cabeza con una sonrisa también muy triste...

De pronto, Rafael se sintió obligado a puntualizar: "De todas maneras, no se pasan tantos años en el exilio sin que uno deje de echar algunas raíces. ¿Cómo no querer, incluso también como a una patria, a la Argentina, a Buenos Aires...? ¡Tantos amigos, tantos ratos buenos y malos...! ¡Cómo no querer a Italia, a Roma...! Yo tengo dos apellidos italianos... O sea, que vengo como buscando a Roma, desde siglos antes de nacer... ¡Roma! Esta es una ciudad que todos los españoles llevamos muy dentro, aunque no se la conozca... Piensa, por ejemplo, en Cervantes, piensa en 'La lozana andaluza'... Mira, yo tengo puesta aquí mi casa, y así permaneceré, vaya a donde vaya. La verdad, aún es pronto para saber dónde voy a vivir, pero, viva donde viva, cuando vuelva a Roma no quiero estar en un hotel; quiero venir a mi casa y estar en mi casa... ¡Ay, señor, esta provisionalidad que llevamos encima María Teresa y yo desde hace cuarenta años!... Siempre soñando aquel país... Tenía piel de toro aquel país... ¡Fíjate: nuestra hija, que nos nació ya en Buenos Aires, se llama Aitana. Pues bien, Aitana —la sierra de Aitana, en tierras alicantinas— es el último cacho de tierra española que íbamos viendo, que íbamos perdiendo de vista

María Teresa y yo cuando salíamos en el barco del exilio...".

Todos nos habíamos puesto muy serios en un momento: Beatriz Amposta, Olga Moliterno, María Teresa y yo mismo. Yo miraba a Rafael, que estaba sentado frente a mí y que se comía golosamente los spaghetti... Ya no tenía esa faz joven que se le ve en las fotos de la época del Centenario de Góngora. Tenía un aspecto entre severo y candoroso, como si quisiera reforzar con él, sin herir a nadie, sus últimas palabras. De pronto, me entraron unos deseos infinitos de recuperar a ese hombre para nuestro país, pero también de recuperar a nuestro país para ese hombre... Si fuera posible, como en un vuelo de pájaro, enseñarle, primero, la sierra de Aitana y, luego, volver hacia el Sur, para que tomara posesión de Granada (en la que nunca entró)... y luego a su pueblo, al Puerto de Santa María, para tomar unas copas de vino fino (él sabría muy bien a cuál me refiero) y, finalmente, depositarlo por un par de horas en Alcalá de los Gazules...

¡Recuperar a ese hombre!... ¡Recuperar a España para él! ¿Pero eso podría ser realmente? —pensaba—. ¿No podría ocurrir que alguien —algún académico del patriotismo— le reclamase por no haber sido un patriota como se debe ser? ¿No podría venir un "salvador de patrias" espontáneo para reprocharle el haber sido lo que ha sido durante tantos años, sin un solo renuncio, sin una sola defecación?

No, Rafael: espérate un poco más. Ya volverás. Volverás con la amnistía de todos, no sólo la tuya, porque lo que tú quieres, toda España lo pide y no se puede desoir tan recalcamente la voz de España. Recuperarás a España..., pero España también te recuperará a ti. ■ J. M. M. G.